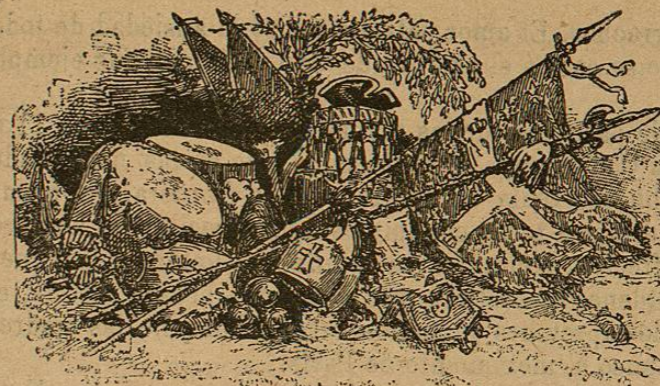


—No—responde el montañés fanático, pero honrado, Saint-André.
—La Convención solo cerrará sus puertas á los libelistas que la denigran.

Por la noche se repite la escena en la Comuna. Se publica una proclama dirigida al pueblo de París. Si se tarda un momento más en tomar medidas todo se ha perdido. La Bélgica ha sido invadida. Lo de Valenciennes ha podido detener algo la invasión. Es sobre todo á los parisienses á quienes se llama. Que se armen, que defiendan sus mujeres y sus hijos.

Sobre la Torre de Nuestra Señora flota la bandera negra.



CAPITULO IV

Movimiento del 10 de Marzo del 93.—Tribunal revolucionario

Movimiento nacional, 9 y 10 de Marzo.—¿Qué pretendían los agitadores revolucionarios?—Querían neutralizar la Gironda, no sofocarla (9 y 10 de Marzo 93).—Violentos designios del comité del Obispado, de Varlet, Fournier, etc. (9 de Marzo).—Equivocación de la prensa girondina al ocultar los peligros de la situación.—Los peligros de la Francia.—Se descubren el día 9 por la mañana.—Las imprentas de los girondinos son destruídas (noche del 9 de Marzo).—Se pretende arrastrar al movimiento á la Comuna y á las secciones (10 de Marzo).—La Convención el 10 de Marzo.—Danton, sus discursos, anhelos generosos, amenazas. Organización del tribunal revolucionario que pidió Cambacérés y propuso Robert Lindet.—Resistencia de Cambon y de los girondinos.—Insistencia de Danton.—La Gironda amenazada se ausenta de la Convención.—La Comuna no apoya proyectos funestos.—El tribunal revolucionario queda constituido durante la sesión de la noche.

Precisamente había de iniciarse un movimiento el día 9 para salvar ó perder la Francia, para la vida ó la muerte. ¿Tendría este movimiento aspecto militar ó político?

París parecía amortiguado. Las asambleas de las secciones permanecían desiertas. Los clubs se despoblaban. Nadie se inscribía. Este extremo lo hemos leído en la prensa de la época, que lo deploraba. ¿Qué se hizo del París del 92? ¿Había existido París? Durante el invierno, la carencia de trabajo, la ausencia del comercio, el frío, el hambre, todas las miserias minaron y enervaron la capital infortunada. ¡Hecho grave! Septiembre hirió su alma. Las alternativas del proceso del rey, el mal-estar y las quejas que se oían por todos lados, los amargos sollozos de las mujeres, habían quebrantado la moral de la nación.

El día 9, cuando se vió sobre Nuestra Señora, desde todas partes, la bandera negra, cuando en el edificio de la Comuna se desplegó el estandarte histórico de los *Peligros de la Patria*, estandarte de los voluntarios de Valmy y Jemmapes, París volvió en si. Aun salió de su enflaquecido pecho un suspiro y una lágrima de sus ojos hundidos. Los que apenas si habían comido quedaron ahitos; los que no bebieron sintieron-

se como borrachos. El amor patrio satisfizo la ansiedad de todos. La actitud en que se colocó el arrabal de San Antonio, fué ejemplar, admirable.

Lejos de participar de las revueltas y motines, el día 11 ofrece una guardia á la Convención. Esta se ocupa solo en las necesidades, en los peligros públicos; tenía su corazón en la frontera. Su primer pensamiento fué armar á todos precipitadamente; recibir los hombres en masa que se ofrecían, equipar á los voluntarios lo menos mal que se pudiera; los desórdenes domésticos que causa una brusca partida, el adiós de despedida, los apretones de manos, las lágrimas de las madres; de todo esto se compuso el movimiento de París.

En los Mercados ocurrían los hechos de otro modo. Entre los que debían partir al día siguiente se acordó cenar aún la noche del domingo (10 de Marzo) con la familia. ¡Sombria partida! ¡Cuándo regresarían? Iban á comenzar esta especie de carrera de judío errante, á través de toda la tierra, sin encontrar reposo más que sobre el blanco lecho de las nieves de Rusia.

Muy pocos llegaron hasta el 1815. Pocos regresaron á Francia, mutilados, encorvados, convertidos en ruinas, para trabajar de nuevo con el único brazo que les quedaba.

Bajo las columnas de los Mercados, reuniéronse miles de voluntarios para darse el adiós de despedida. Cada uno acudió con sus viandas, al menos, el que las tenía. Quien no, comía de los demás. Quien tenía dinero convidaba á beber.

El enemigo está en Francia,—decíanse todos—se le ve ya en Valenciennes y va á caer sobre París.

Pero lo que causó una sensación profunda, lo que enardeció hasta lo increíble á las gentes, fué la suerte de Lieja, que se había perdido por los franceses. Creíase que la villa había sido saqueada y destruída completamente; se llegó á decir que los austriacos degollaban á los médicos que curaban heridos franceses. ¡Qué hondo sentimiento causó el infortunio de los liejeses! Estos fueron recibidos con efusión, con entusiasmo, derramando lágrimas de amor y lanzando rugidos de ira contra el austriaco. El Hotel de Ville fué su primer alojamiento. Aquí instalaron sus archivos. Cuando á través de París se transportó la ejecutoria de Lieja, se presenció un solemne espectáculo. Era la misma Lieja que venía á tomar asiento en el hogar de la gran ciudad; para recibir á Lieja se fundó la fiesta de la Fraternidad.

El entusiasmo que reinó durante el banquete del 10 de Marzo es indescriptible. No un sentimiento pasajero que se desvanece con los vapores del vino, si no amor inmenso, amor acendrado á la libertad y á la patria fué lo que se puso de manifiesto. Una sola sección, el mercado del trigo, de los menos miserables, por que su comercio es fijo y quizás el más activo y que más brazos necesita, dió el domingo *mil* voluntarios á la guerra, quienes por la noche desfilaron ante los Jacobinos.

Estos hombres, cuyas palabras son actos, realizaron inmediatamente su sacrificio, lo que su corazón les dictaba por la venganza de Lieja, por la causa de las libertades del mundo. Desde entonces ellos mismos se llamaron los *Fuertes por la Patria* y partieron dejando á su familia, abandonando su oficio, sus salarios, para sufrir, combatir, en un ejército sin pan.

Este es el movimiento popular del 9 y 10 de Marzo del 93, tan parecido á los más bellos del 92.

¿Cuál era entretanto el propósito de los agitadores revolucionarios? ¿Cómo pretendieron aprovecharse de este movimiento para arrancar á la Convención enérgicas medidas? Es necesario examinar esto.

El pensamiento de la Montaña como el de la Comuna en esto era idéntico: la Francia se perdía si la Convención no abandonaba su tímido sistema de la legalidad, si no concentraba todos los poderes en sus manos, incluso el poder judicial, que ejercería un tribunal bajo sus órdenes inmediatas en París, en el corazón mismo de la Revolución.

Los mismos girondinos habían expresado esta opinión. Confesaron que en medio de la conspiración realista inmensa en que se había envuelto á París, era necesario un tribunal especial, de una acción rápida, eficaz, un *Tribunal revolucionario*.

Los tribunales ordinarios no ejercían acción alguna; eran como la irrisión de los enemigos del orden público; cuando absolvieron á un conocido contrarrevolucionario, Lacosta, ministro de Marina, bajo Luis XVI, Buzot deploró este sobreseimiento, manifestando que los tribunales con su debilidad y su impotencia, anulaban la Revolución.

Por otra parte, los girondinos pidieron un tribunal especial, pero no nombrado por la Convención, si no directamente por el pueblo. Temblaban ante el formidable poder de esta Asamblea al tener á sus órdenes á un tribunal semejante. Querían legislar, sí, pero no aplicar las leyes por un procedimiento como este. Empuñar el cuchillo de la justicia, convertirse de legisladores en jueces, en puros instrumentos de la justicia política, este era su temor. Realizar esto significa para ellos abdicar de la Revolución, remontarse aun más allá de la monarquía, á los tiempos tiránicos de la antigüedad. Una vez en esta pendiente, dicen, llegaremos hasta las proscripciones de Octavio.

¡Noble y gloriosa resistencia! Por el honor de la Francia era preciso defender con tanto tesón los principios... Sin embargo, se corría un inminente peligro. Y ¿qué proponía la Gironda? Como un hombre que se ahoga, la Gironda, por el instinto de conservación, hizo cosas estupendas que provocaron el furor general.

Algo execrable, brutal, acudía á la imaginación de algunos insensatos: «Si los girondinos son el obstáculo, degollemos á los girondinos.»

Otros decían: «En el momento en que nosotros pedimos la unidad, cuando atacamos á la Gironda, que es enemiga, se ha declarado la gue-

rra civil. Debemos, pues, comenzarla nosotros, guillotinando á los girondinos.»



iban á comenzar esta especie de carrera de judío errante, á través de toda la tierra, sin encontrar reposo más que sobre el blanco lecho de las nieves de Rusia (Pág. 610)

Tan criminal locura, hemos de decirlo, no es imputable, durante el mes de Marzo, á ninguno de los agitadores populares: ni á Danton, ni á Robespierre ó á los jacobinos, ni á la Comuna, ni al mismo Marat. El criterio de la Gironda respecto á estos es injusto. Aquellos no querían

que pereciera la Gironda; querían neutralizarla para que no fuese obstáculo á la concentración de poderes, á la creación de un tribunal revolucionario.

Marat ha dicho que durante estos días de emoción hubo de contener á las sociedades patrióticas: «Con mi cuerpo—dijo—hubiera cubierto el de los representantes.» No creo que Marat haya mentado. Marat era indudablemente el mejor de los maratistas. El nombre odioso de *hombres de Estado* que él daba á los girondinos era el mismo con que le denominaban sus discípulos y sus imitadores. Su moderación, decían, sus arreglos políticos, los perdonaban imaginando que eran cosas de *hombres de Estado*.

Los hombres de la Comuna, Chaumette y Hebert no imaginaban que iba á derramarse sangre. Estos eludieron toda responsabilidad cuando se trató de alguna ejecución.

En París existía una Asamblea irregular de delegados de las secciones que se reunían con frecuencia en el Obispado. Hemos observado que desde el 92, desde la apertura de la Convención, ha tomado las más terribles iniciativas. Hemos visto también que en los Jacobinos, Couthon (como si dijéramos Robespierre) trató de neutralizar esta fuerza terrible empleando la grande autoridad del jacobinismo. Durante algún tiempo, con diversos pretextos (especialmente el de las subsistencias), celebráronse reuniones en el Obispado. Aquello es como una insurrección. Los jefes permanecen en la obscuridad. Nadie sabe quién son. Son gente desconocida ó poco menos. En Octubre, uno de los jefes era el español Guzmán. En Marzo del 93, no se ve agitarse á ningún jefe, propiamente dicho. Los más exaltados se reúnen todas las noches, después de cerrados los clubs y las secciones, con algunos individuos de la Comuna, (Tallien, por ejemplo) algunos jacobinos (Callot d'Herbois) y algunos cordeleros. El punto de reunión de estos era el café Corazza, situado en el Palais-Royal.

Estos cordeleros y jacobinos, gritaban desaforadamente, como predicadores de sangre y estaban lejos de ser hombres de acción. Los del Obispado, al menos tres ó cuatro, eran más impacientes, más decididos. Varlet decía que los laureles que alcanzó en Septiembre le robaban la tranquilidad y apenas si le dejaban dormir. Fournier, el auvernés, hombre duro y rudo, por temperamento, se inclinaba al derramamiento de sangre. Unense á estos otros individuos menos perversos, pero tan exaltados como el polaco Lazouski, que tanto brilló el 10 de Agosto: éste deseaba que cada día amaneciera un 10 de Agosto. Lazouski, alto, de espesos cabellos negros, era el héroe, el ídolo del arrabal de Saint-Marceau y á sostenerse en este lugar se encaminaban sus esfuerzos.

Esta trinidad de héroes resolvió trabajar por su cuenta, sin hacer caso de las debilidades de Marat, ni de las amenazas de la Comuna. Creyeron que si el sábado lograban preparar el ánimo del pueblo para un acontecimiento, el domingo habría grandes reuniones en las que po-

drían electrizar á las masas, arrastrar una sección populosa, la de los Cordeleras, que obligase á la Comuna á aceptar el poder. Caerían los girondinos, ó se les exterminaría...

«La patria, decían, se habrá salvado.»

Imaginaban que ni Robespierre, ni Danton opondrían á este plan obstáculo alguno. El día 8 por la noche, Robespierre fué á la sección de la Buena-Nueva donde pronunció un discurso violento contra la Gironda; mientras hablaba, uno de los suyos dijo que era necesario exterminar no solo á la Gironda, si no á los que firmaron las famosas peticiones: «á los ocho mil y á los veinte mil.»

El sábado 9 por la mañana todo el mundo decía: «Va á ocurrir algo.» Había hombres resueltos á todo, pero se estaba muy lejos de adivinar la insignificancia de su número. Muchos con buena intención y otros por asustarlas, habían dicho á las mujeres que ordinariamente concurrían á la Convención: «No vayais hoy.» Aquella mañana, pues, hacia las nueve, cuando iba á abrirse la sesión, Fonfrede, girondino que se entendía con la Montaña, fué á conferenciar con Danton á quien interrogó acerca de los rumores que circulaban: «¡Bah, dijo Danton con serenidad, no será nada; quizás se contenten las masas solo con destruir las imprentas de algunos periódicos que no supieron expresar la voz de la opinión, ni defender los intereses del país.»

Danton conocía detalladamente el plan de aquellos furiosos. Estos, en pequeño número, no tenían otro propósito que el de arrastrar al pueblo, explotar su indignación contra la prensa girondina. Esta se obstinó en decir aun los días 8 y 9: «que era imposible que el enemigo se aventurara á penetrar en Bélgica, y que Lieja podría ser evacuada pero no tomada.» ¡Y á pesar de estas afirmaciones llegaban comisarios de la Convención para atestiguar el desastre! ¡Y los mismos liejeses llegaban desgarrando el cielo con sus gritos, invocando la venganza de Dios, la palabra de Francia!

Poco satisfecho Fonfrede de la indiferencia con que le contestó Danton insistió en su interrogatorio: «¿Luego hay un complot realista?»

Los girondinos al hablar de un complot, limitaban su existencia á París; Danton hablaba siempre de lo que ocurría en Francia.

Realmente, en toda la nación existía la red inmensa de un complot realista. La coincidencia de las fechas demuestra que los distintos movimientos que estallaron en Francia, en diversas regiones alejadas, no fueron azares de la insurrección popular. En Lion, Bretaña, la Vendée, estalló la insurrección al mismo tiempo. En Borgoña, Auvernia y el Calvados, hubo tambien movimientos de alguna significación. Lo ocurrido en Lion, aconteció en otras poblaciones, aunque con distintos caracteres.

La llave de todos estos enigmas se encuentra en el campo de los austriacos, en el ataque de nuestras líneas, en la invasión del enemigo.

Los movimientos interiores se iniciaron cuando los austriacos entraron en Lieja, simultáneamente.

Los golpes mortales que se descargan contra Francia, lejos de anadarla, le producían el vértigo de la ira. La jovialidad de Danton el 10 por la mañana, su trágica sonrisa al contestar á Fonfrede, indican que el peligro es inminente y terrible.

Veamos lo que sabía Danton el día 9.

Sabía que Lion, no pudiendo elegir aun un alcalde realista, eligió á un girondino; que los batallones de *hijos de familia*, se habían apoderado del arsenal, de la pólvora y de los cañones; que el valeroso Legendre, enviado por la Convención, sin otras fuerzas que la Comuna revolucionaria, tuvo que autorizar la prisión de este alcalde la noche del 4. Esto era demasiado audacia. ¿Qué consecuencias sobrevendrían? Nada podía presumirse. Quizás el día 10, había perecido Legendre, ondearía la bandera blanca sobre Fourmieres y los sardos marcharían sobre Lion.

Conocía Danton el trágico acontecimiento que conmoviendo á Bretaña la decidió á insurreccionarse. El agente de Danton, Latouche, llegado de Inglaterra descubrió al de la Convención el hilo de la trama fatal en la que se había envuelto á casi toda la Francia. Este agente, Morillon-Laligaut, debía de recibir un cuerpo de siete mil hombres. Y de siete mil hombres no recibió ni uno. Morillon, tuvo el valor de entrar, sin otro auxilio que algunos guardias nacionales, en las regiones en que se tramaba la sublevación.

Logró encontrar enterrada una vasija de cristal que guardaba la lista de los nobles conjurados. Toda la plana mayor de la nobleza estaba inscripta. Todos debían de combatir ó perecer. Esperaban un nuevo jefe, el valiente Malseigne, la mejor espada de la emigración, y una flota que había de conducir á todos los emigrados de Jersey.

La requisición, que debía de comenzar el día 10, les propocionaría mas positivos socorros. En Acholet, pueblo de la Vendée, Morillon solo, perdido entre una muchedumbre de campesinos furiosos, demostró extraordinario valor. Detuvo á veinticuatro individuos y antes del día 10 los encerró en Saint-Malo. Pero ¿quién sabía todo esto el 10 por la mañana en París? Lo más lógico era creer que Morillon en la Bretaña y Legendre en Lion, habían perecido, que la contrarrevolución había vencido en los dos extremos de Francia.

La situación en Bélgica, como se habrá comprendido, era terrible. No era de temer solo la retirada del ejército si no su destrucción. Hubiera ocurrido esto á no ser por la lentitud del general austriaco Coburg, que no supo aprovecharse de las tropas ligeras, los terribles húsares húngaros, ni de la indignación de los belgas que en Brabante, sobre todo, si hubiesen sido apoyados por las avanzadas, hubiesen caído sobre los mismos franceses. ¿Qué hacer ante estos peligros? Esperar el regreso de Dumouriez. ¿Pero qué creer del mismo Dumouriez? Nadie se fiaba de él y por lo mismo, cuando se tuvo noticia del desastre, todo el